

LIBRO DECIMO.

ARGUMENTO

Alborotos en Roma. Felicidad que disfruta Numa. Leonte pide para él la mano de Anais á su padre. El anciano se la niega. Razonamiento de Numa. Logra por esposa á Anais. Preparativos de sus bodas. Llegada de los embajadores romanos. Refieren las desgracias de Roma, la peste que ha padecido, la muerte de Rómulo y la eleccion de Numa. Rehusa éste la corona. Discurso de Anais para hacerle admitir. Numa se mantiene inflexible.

En tanto que esto sucedia, Roma estaba en la mayor consternacion y desórden. Los sabinos desesperados de la pérdida de Tacio y del destierro de Numa, solo por fuerza y con horror obedecian á Rómulo. La desastrada muerte de Tacia que atribuian á Hersilia, y no sin causa, habia hecho á esta princesa el objeto de su execracion. Mas opuestos que nunca á los romanos, desconfiando los unos de los otros, y no

ocultándose su odio recíproco, á cada instante estaban prontos á emprender una guerra civil. Las sospechas y enemistades reinaban en todas las familias, y a no ser por los consejos y autoridad del prudente Mecio, Roma se hubiera anegado en la sangre de sus ciudadanos. Rómulo, entregado al tétrico furor que en los grandes delincuentes suele ser su verdugo en vez de los remordimientos que no conocen, Rómulo para contener su pueblo, le cargaba de nuevos impuestos, hacia correr la sangre de los patricios, y reinaba por el terror que sus crueldades causaban á todos.

Hersilia, hija digna de tal padre, solo se alimentaba con los tósigos de los celos y de su rabiosa desesperacion. No dudando que alguna competidora le quitase el corazon de Numa, enviaba á cada instante espías á todos los pueblos y ciudades de la Italia, por ver si podia descubrir á esta rival y tambien para saber de su amante: hizo que su padre escribiese á todos los príncipes, amenazándolos con todo el poder de sus armas si daban asilo á una ó á otro, y ofreciendo grandes premios al que presentase sus cabezas.

Entre tanto, el pacífico Numa, oculto en el Apenino, rodeado de sus amigos, lloraba de alegría en el reconocimiento de Zoroastres y Leonte; participaba de su gozo y veia al feliz anciano estrechar contra su pecho al hijo. Aquel padre amoroso no podia hartarse de mirar, oír y abrazar á Leonte. ¡Oh hijo mio! le decia, ¿es posible que te hallo despues de haberte llorado tantos años, ó será mi felicidad una vana imágen

del sueño! El primer dia que te ví, sentí que mi corazon se dilataba lleno de un afecto irresistible: la voz de la sangre y el grito de la naturaleza me anunciaban la dicha que ahora disfruto. Con qué gusto te contemplo! ¡Qué robusto, qué galan estás! Vuelve, vuelve de nuevo á mis brazos; repite una y mil veces el nombre de padre, y mira que me debes todas las caricias que me hubieras hecho desde tus primeros años.

Leonte le respondia con dulces lágrimas y Camila escuchaba en silencio. Leonte la toma de la mano y la presenta á Zoroastres: esta es, ó padre, mi esposa y la que reina con poder absoluto en mi corazon. Largo tiempo nos hemos visto separados, mas al fin el dulce laso de himeneo nos ha unido. Pero, por grande y violento que fuese nuestro cariño, si hubiera podido prever que habia de volver á ver á mi padre, cree, señor, que hubiéramos aguardado hasta que tu mano nos uniese. Dígnate, pues, de perdonarnos nuestra felicidad, y aumentarla con tu aprobacion.

Dice, y Camila se arrodilla delante del anciano; su corazon palpita, baja los ojos é inclina la cabeza sobre el pecho, llena de rubor y timidez apenas se atreve á levantar la vista á Zoroastres. Aguarda llena de inquietud, que la llame hija: jamás ha deseado tanto pareci hermosa; con su mismo silencio parece que dice al anciano: Mi belleza es poca; pero mi corazon es digno del tuyo

Hija querida, le responde Zoroastres levantándola, mi felicidad es mayor que mis desgracias; solo un hijo habia perdido, y en este dia le hallo

duplicado. Diciendo así, abraza tiernamente á la hermosa Camila. El resto de aquel dia se empleó en oír la relacion de los sucesos de Leonte, que sirvieron para aumentar mas y mas en Zoroastres y su hija los dulces afectos de la naturaleza.

Numa participaba de la comun alegría: desde que Anais es hermana de Leonte, Anais le parece mas bella; cada dia descubre en ella nuevas virtudes, y continuamente habla de ella á su amigo: este nombre que le era tan grato, ya no le parece bastante tierno.

Despues de algunos dias, Numa convaleciente va á respirar al aire puro de la montaña, y siempre elije los sitios adonde Anais llevaba su rebaño; para hacerle compañía se hace pastor, y en tanto que Camila y su esposo van á caza para poder regalar á Zoroastres, Numa cuenta á su hija la historia de su vida. El jóven sabino oye con deleite sus reflexiones y consejos, se admira al ver tanta sabiduría en tan poca edad, y cada dia adquiere á su lado mas prudencia y mas virtudes. A veces tañendo la rústica zampoña, acompaña la dulce voz de la pastora, y otras repite con ella los himnos y canciones que le ha enseñado. No piensa ni se acuerda de amor; solo experimenta un afecto mas puro y delicioso. Al rayar del alba va á juntarse con Anais. No le causa su vista aquella turbacion violenta, hija de una pasion fogosa; pero necesita verla: no le turba su presencia; pero solo es feliz disfrutándola. Ausente de Anais, su alma queda como dormida en su accion. Así la amante Clitia queda marchita y ajada en la ausencia

del dios de la luz; pero luego que Febo vuelve á nuestro horizonte, Clitia alza su cabeza la dirige hacia el astro del dia, le sigue en toda su carrera, y no cesa de mirarle hasta que desaparece sepultándose en el seno de Tétis.

La modesta Anais que no advierte en su corazon ni en el de Numa cosa de que pueda recelarse entrega al afecto que le inclina; ama a su libertador que lo es tambien de su padre; el agradecimiento le impone esta ley, y las prendas de Numa se le hacen gustosas. Anais gusta de conversar con el discípulo de Tulio acerca de las maravillas de la naturaleza, sobre el curso de los astros, pueblos diversos, gobiernos y cultos diferentes; pero en todas partes los mismos principios de moral. Cada uno adicto á su religion la explica ó la defiende; divididos en las opiniones, convienen en las mismas obligaciones; sus almas están de acuerdo, aunque su razon disputa; y Numa, que no cesa de admirar la profunda sabiduria de Anais siente aumentar cada vez mas su respeto y ternura.

Leonte conoció en breve su mutua inclinacion deseaba con ansia que su amigo fuese su hermano. Dime, ¿amas á mi hermana? le preguntó un dia. Numa bajó avergonzado la vista y se turbó. ¿Por qué te avergüenzas? prosiguió Leonte, los dioses nos han dado el amor para consolarlos en nuestras penas y premiar sus virtudes. Si tu corazon está libre del todo de la vergonzosa cadena de Hersilia; si amas á Anais, tanto como Leonte te ama, espero que mi padre te la dará á mis ruegos. Habla, dime solamente: haré feliz á

tu hermana; y creeré estas palabras como un oráculo de los dioses.

Amigo, le respondió Numa, todavía me estremezco y tiemblo al oír el nombre de Hersilia; pero el de Anais me tranquiliza. En nada se parece el afecto que Anais me ha inspirado, á aquel que tan desdichado me hizo. Veo á Anais todos los dias, apenas me separo de ella un solo instante, y con todo nunca he tenido la menor idea de hablarle de amor y de himeneo. Pero bien conozco, ¡oh amigo mio! que si la felicidad puede hallarse en la tierra, esta reservada al esposo de tu hermana.

Dijo: Leonte le abraza, le toma de la mano y le conduce á Zoroastres. No dudando de su consentimiento, le pide Anais para su amigo el libertador del padre y de la hija, y para el mortal que mas quiere y estima.

¡Cual fué su sorpresa y pesar, cuando Zoroastres, despues de oírle con semblante severo, le respondió estas tristes razones!

Hijo mio, no dudes que amo á Numa; le debo la vida y contaria por el dia mas feliz de mi vida aquel en que pudiese pagarle lo mucho que le debo. Pero mi hija es Maga; soy el gefe de su religion, y la ley que enseñó nos prohíbe toda alianza con los idólatras. Bien sabes que he sacrificado á esta ley santa, honores, riquezas y descanso. ¡Pretendes que al fin de mis dias, ya cercano á recibir la recompensa de mis trabajos, la perdiese por quebrantar los preceptos que yo mismo enseñé á los hombres?

¡Les habeis, pues, enseñado la ingratitud! interrumpió Leonte con bastante alteracion.

No, hijo mio, responde el anciano, pero he prescrito la prudencia. No he querido que una Maga arriesgase su creencia, tomando esposo de otra religion; he previsto el imperio poderoso del amor, y la natural propension de un corazon amante á pensar como el objeto amado. Mi hija amaria á Numa, adoptaria su creencia, abandonando mi religion, y yo seria responsable de esta culpa á los ojos del grande Oromazo. Bastante doloroso me es que mi hijo, el hijo de Zoroastres, creado entre idólatras siga otra religion que la mia; quiero á lo menos conservar mi hija al Dios por quien tanto he padecido; quiero preservarla del riesgo de abandonarle. Cuanto mas estimable es Numa, tanto mayor el riesgo, porque no son los suplicios y tormentos los medios de alterar la creencia; mucho mas poderosos son para esto los ejemplos y algunas virtudes en una secta diferente.

Ademas, mi religion es hoy día un objeto de horror á todas las naciones; la Italia entera aborreceria á Numa, si se casase con una maga, y al cabo recaeria en mi hija el sentimiento que de esto tendria tu amigo. . . . Perdona, joh Numa! te ofendo y te aflijo, sin duda me tienes por un hombre fanático é ingrato; pero creo en mi religion, amo á mi hija, y no puedo esponerla á ser infiel ó á llevarte en dote el odio de tu nacion.

Calló Zoroastres, y Leonte se quedó inmóvil con los ojos clavados en tierra; se aflije por no poder rebatir las razones del anciano con otras mas poderosas. Numa, que le habia oido atea-

tamente, le mira con serenidad, y le responde de este modo.

Zoroastres, desde que vine al mundo, los dioses que adoro han manifestado su poder en favor mio; los amo y los temo; antes moriré mil veces que pensar en abandonarlos; mas no pienses que por eso intentaré nunca que nadie abandone su secta por seguir la mia. No es dado al débil esfuerzo del hombre mudar el corazon de otro hombre á su antojo: y en punto á abandonar la religion que se ha mamado con la leche por otra estraña, solo la mano de los inmortales es capaz de obrar tan singular mudanza.

Este es mi modo de pensar; juzga ahora si la fe de tu hija correria riesgo en mi compañía. Yo respetaria sus dogmas, como ella respetaria los míos; adoraria á Júpiter. Uno y otro nos mandan lo mismo; amarte, honrar tus canas, amarnos y socorrer á los desvalidos, esto manda tu Dios; lo propio mandan los míos. Obedeciendo sus preceptos, nuestros corazones se unirian todavía mas, y se mezclarian como dos arroyuelos igualmente puros cuyo origen es diverso, pero que se unen mezclando sus aguas cristalinas.

Dices que mi himeneo con una maga me ocasionaria el odio de mi nacion. No tiene ya Numa nacion ni patria; he perdido á Tulio, he perdido á Tacio; la cabaña de Zoroastres es para mí el mundo entero; mi corazon me dice que no seré aborrecido en ella. ¡Oh padre mio! abre me tu pecho; admíteme por hijo; vuélveme en un solo instante todo aquello de que los dioses me han privado en tantos años; dame la mano de Anais, y nuestra ocupacion principal será la de alargar

tus días. En este valle viviremos en paz, y aquí los hijos de tu hijo y los míos formarán una colonia que bendecirá el nombre de Zoroastres en las venideras edades. Acabarás felizmente tus días en medio de tus nietos, y serás el objeto de su amor y la causa de su felicidad. La hija primera que los dioses me concedan se llamará Ojana: este nombre te hará más dulces sus inocentes caricias. Padres, hijos, esposos y esposas, todos estaremos a tus pies, y cada mañana vendremos a la puerta de tu cabaña a esperar que te despiertes, con el mismo celo y respeto con que tus discípulos aguardan la salida del astro del día.

Hablando así, Numa se arroja á sus pies: enternecido Zoroastres persiste no obstante en negar su asenso; pero Leonte se une á Numa y esclama: te dió la vida, libró la de Anais y salvó su honor á precio de su sangre.... Pues bien, dice el virtuoso anciano ya vencido: sea la misma Anais su recompensa, y sea Numa mi segundo hijo.

Al oírle Numa, dando un grito, se arroja á sus brazos; no puede reprimir el exceso de su gozo, ni explicar su agradecimiento. Quiere abrazar á Leonte, pero este habia ya salido alborozado y presuroso á buscar á su hermana; en breve vuelve con ella. Este es tu esposo, le dice el anciano; nadie merece mejor este nombre que el que ha sido tu libertador y el mío. Dentro de ocho días se efectuará vuestra union: ruego al grande Orómazo que si no aprueba este himeneo, solo contra mí descargue el azote vengador! Dijo,

y estrecha contra su corazón las manos de Anais y de Numa ya unidas.

Llena de virginal rubor, baja la doncella sus hermosos ojos; pero en breve confirma con una dulce sonrisa el don que su padre acaba de hacer de su fé. Desde aquel instante el venturoso Numa, su noble amigo y la gallarda Camila se ocupan enteramente en los preparativos de la boda.

Ya Leonte y Camila han ido al monte, á cortar y traer la madera necesaria para que Numa se construya él mismo su cabaña contigua á la del anciano. Numa dirige la puerta al Oriente para que su religiosa consorte pueda, todos los días, apenas despierte, dirigir sus votos al padre de la luz. La cubre con cañas, pieles y juncia, y la deja impenetrable al sol, á la lluvia y al frío. En el interior arregla y dispone todo lo que juzga más cómodo y agradable á Anais, y la adorna con aquel gusto y destreza que solo el amor sabe inspirar; forma un huertecillo al lado de la cabaña, y lo dispone de manera que el banco de céspedes y el jazmin, á cuya sombra vió la vez primera á su Anais, quedan en el centro del huerto. Hace una sangría al arroyo, y forma un nuevo brazo que riega y fertiliza su recinto; los árboles frutales que la naturaleza produce libremente y las hortalizas plantadas, hacen útil y deleitoso el vergel. Finalmente le cerca con un vallado de arbustos crecederos para resguardarle de la voracidad de las reses del monte.

Anais preside á sus tareas, y su presencia aumenta las fuerzas de Numa. Quisiera concluir él solo toda la obra, pero Camila y Leonte le

ayudan á su pesar. Impacientes y deseosos llegan á la víspera de los ocho dias fijados por Zoroastres. Ya está todo concluido y perfeccionado; ya Camila ha despojado los prados vecinos de sus flores; las coronas de los novios están hechas, la cabaña adornada de guirnaldas y festones; el sol se ha ocultado en el Océano y su vuelta debe alumbrar el dia de la felicidad de ambos amantes, cuando al tiempo que reunidos y encerrados en la cabaña de Zoroastres iban á sentarse á la mesa para cenar frugalmente, oyen llamar á la puerta: un oculto presentimiento hizo que Numa se estremeciese.

Receloso y sorprendido, Leonte se levanta, y armado de su clava, corre á la puerta; la precaucion fué inútil; no eran enemigos los que llamaban. Abre y ve un venerable anciano acompañado de dos guerreros: le piden hospitalidad; Leonte los admite y acompaña.

Mas no bien la luz de la lámpara que alumbraba la cabaña dió en sus rostros, cuando Numa dando una voz de sorpresa y admiracion corre á abrazar al anciano: ¿Es posible, ¡oh Mecio! que te veo aquí? ¡Tú el amigo de Tacio y de mi padre! ¡Tú el único amparo y esperanza de los sabinos!

Mecio reconoce con igual admiracion á Numa: todavía recela que su cansada vista y sus oidos entorpecidos no le engañen. ¡Es posible que os hallo, dueño y amigo mio, despues de haberos buscado tanto tiempo en vano por toda la Italia! Permittedme que, antes de rendiros la obediencia y respetos debidos, mis trémulos brazos os estrechen nuevamente, y que mi fiel corazon aprove-

che de los últimos instantes en que le es permitido llamaros amigo. Hablando así, el leal Mecio dá mil abrazos á Numa, y despues volviéndose á los dos que le acompañan, les dice: Próculo, Volesio, nuestra peregrinacion dió fin; ya hemos hallado á nuestro rey. Entonces los dos romanos y el mismo Mecio, doblan la rodilla delante de Numa, y le dicen con respeto: salve rey de Roma, salve.

¡Qué decis, qué haceis! les dice Numa, pugnando porque se levantasen. Yo no soy vuestro rey; no merezco ni deseo un honor tan grande. Lo eres, replica Mecio, no lo dudas, señor; y lo eres por el derecho mas glorioso y legítimo: el pueblo romano te ha elegido con voz unánime. Ya iban los sabinos y romanos á embestirse con los sangrientos aceros por causa de nombrar el sucesor de Rómulo, cuando tu nombre, el solo grato á las dos naciones, bastó á calmar los ánimos irritados é hizo renacer la concordia. Rey eres, ¡oh Numa! y tus vasallos cuentan suspirando las horas de tu ausencia.

Numa, igualmente admirado y pesaroso, hace sentar á los embajadores á la mesa de Zoroastres, y pide á Mecio le instruya de los grandes sucesos que ha habido en Roma: el antiguo general satisfizo sus deseos al instante de este modo:

Con la muerte de Tacio y tu destierro llegaron nuestros males á lo sumo. Rómulo, objeto de la execracion de los sabinos y aborrecido aun de su mismo pueblo, gobernaba en Roma con cetro de hierro. Ya no era aquel conquistador siempre acompañado de la victoria, y que sol oderra-

maba la sangre de los enemigos: sus vasallos le vieron mudado en tirano sangriento, cuya inhumana política los oprimía por contenerlos, y que á la menor sospecha ó con el mas leve pretexto hacia correr la sangre de los nobles. Estas son siempre las resultas de un primer delito; luego que este entra en una alma, todas las virtudes la abandonan, y se apoderan de ella todos los vicios.

En breve, irritados los dioses anunciaron su vengadora justicia con la plaga mas tremenda: la peste infestó á Roma; el contagio se manifestó con los síntomas mas espantosos; un fuego voraz consume las entrañas de los pacientes; sus ojos inflamados y sangrientos se mueven con dificultad en la órbita, la boca llena de úlceras exhala un aliento pestífero; torpe la lengua, y cubierta de espesa baba, queda pegada al paladar é impide la respiracion. Los nervios se entorpecen, el cuerpo tiembla agitado de convulsiones, y el frio de la muerte, que se apodera insensiblemente de todos los miembros, no basta á moderar el ardor que consume hasta los huesos del infeliz apesado.

Ya no caben en las casas las víctimas del mal, las calles, los caminos y los templos están llenos de cadáveres y moribundos. Por todas partes se ven los infelices que arrastrándose huyen de sus lechos y abandonan sus penates, buscando y pidiendo agua; consumidos de la sed ardiente, van á echarse en el Tíber, y los que, mas débiles, no pueden llegar, se meten en las fuentes ó se revuelcan en la tierra mojada: beben sin atender á su daño, no logran mitigar la sed y espiran en medio del agua. Ninguno se acuerda de los dul-

ces vínculos de la amistad; nadie escucha la voz de la compasion y de la sangre: el hijo, enajenado por el dolor, rehusa abrazar á su padre; el hermano huye del hermano, y teme el contagio del mal. La madre moribunda lejos de su esposo, y luchando con las agonías de la muerte, aparta lejos de sí con sus yertos brazos al débil niño que le estiende sus manos, y llorando quiere volver á aplicar los hambrientos labios al pecho materno ya exhausto. El dolor y la desesperacion son los únicos afectos que reinan en todos los corazones; en todas partes se ve padecer; á cualquier lado que se vuelva la vista se halla la muerte bajo mil aspectos á cual mas espantosos; las funestas piras arden sin cesar, y su número no es suficiente al de los que mueren.

Rómulo, que únicamente sentia perder sus tropas, señaló para aplacar á los dioses un solemne sacrificio en las lagunas de la Cabra. Todo el pueblo, mejor diria las reliquias del pueblo, se juntó en aquel sitio. Los sacerdotes, los pontífices y los ciudadanos, pálidos y estenuados se adelantan con tardos pasos hácia el altar. El soldado sin corazon, se acerca lentamente apoyado sobre su pica, y puede apenas levantar la cabeza para mirar el águila de su legion. Las mujeres y ancianos acuden ayudándose del apoyo de báculos con sus hijos agarrados de la mano; cae el niño y arrastra tras de sí la madre debilitada. Ancianos, mozos, enfermos y convalecientes todos juntos llegan arrastrando; ninguno tiene fuerzas para levantar la voz, y aquel pueblo romano tan poderoso, aquel pueblo el terror de la Italia, para cuya ambicion y esfuerzo era corta

empresa poco antes la conquista del mundo, ahora parece una tropa de espectros que han salido del infierno por los conjuros de una encantadora de Tesalia.

Hechas las acostumbradas libaciones sacrificadas las víctimas, el gran sacerdote consulta sus entrañas y se estremece al examinarlas. Sube á la sagrada trípode; el espíritu profético se apodera de su alma; un santo furor le agita; arroja fuego por los ojos, y espumarajos por la boca; estiende los brazos, inclina la cabeza y sus cabellos erizados levantan la corona de laurel que la ciñe. Pero en vano lucha contra un Dios; el divino poder le vence y le hace ceder á su impulso. Prorrumpe finalmente con estas palabras: Pueblo romano, un delito espantoso que ha quedado impune, es la causa que ha traído sobre tu cabeza la venganza indignada de los dioses. En tanto que no espíes el atentado, en tanto que los delincuentes verán la luz del día, en vano esperarás ver á los inmortales aplacados. La peste asolará nuestros muros hasta tanto que la sangre de....

Iba á proseguir, pero Rómulo le arroja una terrible mirada; el miedo le dejó mudo. En aquel mismo instante se oscurece el cielo, el sol pierde su luz y unas espantosas tinieblas cubren la tierra. Desencadenados los vientos bramando embravecidos, se oyen mil truenos espantosos, y los rayos abrazadores se cruzan aumentando el asombro del aflijido pueblo. Parece que todos los elementos confundidos se hacen sangrienta guerra, y que la naturaleza vuelve á sepultarse en el caos.

Todos aterrados y temblando, nos postramos en la tierra rogando á los dioses y esperando la muerte. Pero á poco rato se aplacan los vientos, la obscuridad se disipa y el sol brilla con nuevo esplendor. Reina la calma en el aire, y en breve renace en todos los corazones. Todos los romanos se miran y vuelven á verse; solo Rómulo ha desaparecido; sus guardias y cortesanos le buscan por todas partes, pero en vano. Los céleres, que amaban al dueño que les aseguraba siempre la impunidad de sus atentados, amenazaban á los patricios que acusaban de haber dado la muerte al rey. El pueblo se prepara á defender los nobles, y ya los dos partidos desnudaban los aceros, cuando Próculo, que veis aquí, senador el mas respetable por su virtud y avanzada edad, se adelanta en medio del concurso, y á favor de una astuta ficcion consigue apagar el incendio que apuntaba. Cesad ya, romanos les dice; cesad ya de buscar á Rómulo. Yo he visto con estos ojos á su padre Marte que bajando á la tierra le ha arrebatado en su sangriento carro. Próculo, me dijo nuestro rey, mi gloria ha llegado á su colmo: he vencido y he triunfado; he fundado una ciudad que será dueña del mundo entero; he acabado mis tareas, y el dios de las batallas quiere asociarme á sus inmortales honores. Ve á anunciarlo así los romanos; diles que Marte y Rómulo guiarán siempre sus huestes vencedoras, y que de hoy mas me invoquen con el nombre de Quirino.

Así habló Próculo, y se apaciguó el tumulto. No se atrevieron los céleres á dudar de un hecho que hacia dios al rey que amaban, y el pue-

blo contento por verse libre del tirano, quiere mas verle colocado en el cielo que ocuparse en buscar y castigar á los que han librado la tierra de tan pesado yugo.

Era preciso no obstante elegir un sucesor á Rómulo: Hersilia pretendió en vano la corona. Irritados contra ella los sabinos, juraron que volverian á Cures si la hija de Rómulo ocupaba el trono: aun los mismos romanos miraban como afrenta el ser gobernados por una mujer. Desechada de las dos naciones salió Hersilia de Roma, prorumpiendo en fieros y amenazas de que en breve volveria con las armas de toda la Italia, y el pueblo se juntó nuevamente para nombrarse un soberano.

Nuevamente estuvo aquel desgraciado pueblo á punto de ensangrentar las armas en sí mismo. Los romanos querian un romano; los sabinos pedian un sabino. Despues de la muerte de Tacio, decian estos, hemos dejado reinar pacíficamente á vuestro Rómulo; ya es tiempo y razon que uno de los nuestros os gobierne. No somos un pueblo vencido y conquistado; somos vuestros amigos, hermanos y conciudadanos; nunca fuimos esclavos vuestros. Nuestra nacion es, cuando menos, igual á la vuestra en nobleza, valor y virtud. Desde ahora nos oponemos á todo lo que pueda ofender ó disminuir los derechos de esta igualdad.

Así hablaban los sabinos, y ya corrian á las armas: en aquel instante me sentí como inspirado de los dioses, escuchad, grité, escuchad mi consejo, oh pueblos. Ambos pretendéis nombrar el monarca y que este sea de vuestra nacion;

conviene que cada uno ceda al otro la mitad de los derechos que reclama, y que la nacion á quien toque nombrar rey le haya de elegir entre los individuos de la otra. Ea, Romanos, elejios dueño, pero que este sea sabino, ó si no, los sabinos le nombrarán, sacándole de entre vosotros.

Todos aprobaron mi dictámen: renace la paz y concordia. Despues de una breve conferencia, queda á los romanos el cargo de nombrar un monarca sabino: todos con voz unánime elijen al justo Numa.

No bien se hubo oido este nombre, cuando las dos naciones olvidando su odio se mezclan y se abrazan, dándose mutuamente el parabien, todos esclaman: ¡oh felicidad! Bajo el gobierno de Numa veremos renacer el siglo de oro y el reinado de Astrea. ¡Numa sea nuestro rey y padre!

Todos los templos se llenan de gentes que ofrecen víctimas á los dioses en accion de gracias por todos los bienes que se esperan en lo sucesivo. Ya los inmortales se manifiestan aplacados; cesa la peste; un viento saludable vuelve la salud tan deseada; las lluvias y abundantes rocíos ofrecen al labrador la esperanza de una abundante cosecha. Dioses, hombres y aun la misma tierra parece que se regocijan al ver nacer el reinado de la virtud.

Al punto se dispuso enviarte embajadores, pedí y logré ser uno de ellos. Nuestros primeros pasos se dirijieron á Cures en donde esperábamos encontrarte; todos nos dijeron que desde la muerte de Tulio ninguno sabia de tí en la Sabina. Volvimos atras hácia el país de los marsos

á donde juzgué te llevaria la amistad de Leonte; no tuvo este viaje éxito mas feliz que el primero. Ibamos ahora finalmente á buscarte á las sierras de los reatos, sitios famosos por tu valor y humanidad; y los dioses sin duda nos han guiado á tí. ¡Ven pues, oh rey de Roma! dos naciones te esperan; eres su única esperanza, y cada instante que tardas en ir á encontrarlas es un hurto hecho á nuestro amor y á la pública felicidad.

Calló Mecio, y Numa mirándole con dulzura y tranquilidad le dice: amigo, pasó para mí aquel tiempo de errores, tiempo en que la gloria vana, la ambicion y el ciego amor turbaban todos los instantes de mi vida. Hubiera podido deslumbrarme el trono, cuando ciego amante de Hersilia, corria con el acero en la mano á merecerla en los combates; cuando obcecado de mi pasion, empleaba todo mi conato en adquirir la horrible ciencia de esterminar el género humano, y cuando admiraba á Rómulo en proporcion del mal que le veia cometer. Cayó la venda que ocultaba á mis ojos la verdad, y gracias á los dioses que no me han abandonado, y á las desgracias que me han instruido, gracias á la dulce amistad y al puro amor que me animan, mi corazon y mi alma no estiman ya sino lo que es realmente estimable, y solo aman lo que merece ser amado: la virtud y el descanso.

Mal podria yo llenar el hueco de Rómulo. Su pueblo, orgulloso y guerrero, podia apenas sufrir el dominio de un rey, hijo de los dioses y el mayor general que han conocido los hombres: yo solo soy hijo de un hombre, y aborrezco los com-

bates. Detesto la vil y engañosa ciencia de desunir las naciones vecinas para vencerlas despues, y de armar el débil contra el fuerte para oprimirlos fácilmente nunca miraré como mio aquello de que puedo apoderarme. No, Mecio, no puedo seros útil: Roma ha menester de un conquistador; en vano consagraria mi vida á la felicidad de los romanos; estos despreciarian un rey pacífico que solo se ocuparia de los dioses, de las leyes y de la agricultura.

Mecio, mi resolucion es invariable. He cumplido cual buen ciudadano con mi patria; por ella he derramado mi sangre; y con mi destierro libré de la guerra civil á sabinos y romanos. Acabé mi tarea; no deseo otro premio de ella que la continuacion de mi destierro. No volveré en mi vida á Roma, quiero vivir en este valle, mas bello á mis ojos que el suntuoso Capitolio, al lado de mi padre, mi amigo, mi hermana y mi digna esposa. Aquí seré feliz y viviré mas seguro que Rómulo en medio de sus céleres. Habitaré la cabaña que mis manos han construido, mas alegre y cómoda que los palacios de vuestros reyes. En ella pasaré mis dias puros y tranquilos, contribuyendo á la felicidad de mi padre, esposa y amigos, y logrando por ellos la mia propia. Y cuando la inevitable parca corte el hilo de mi vida no tendré que responder en la presencia de los dioses de la felicidad de muchos millares de hombres.

Te engañas, Numa, interrumpió Anais con voz severa. Tendrás que dar cuenta de eso mismo, si el amor que me tienes y tu inclinacion al descanso te hacen sacrificar el interes de dos pue-

bles. ¿Piensas acaso que el cielo te ha dado tantas virtudes para tí solo? ¿Imaginas agradar á Dios viviendo solo para tí? El Sér Supremo estima en nada las vanas meditaciones; quiere que la virtud sea activa. El hombre virtuoso le tendrá que dar cuenta estrecha de cada dia pasado sin hacer bien. El Criador del mundo solo puede amar á los que se emplean en beneficiar sus criaturas.

Dices que un héroe guerrero es mas necesario á los romanos, que un rey pacífico. Al contrario, cuanto mas belicosos te parezcan, tanto mas han menester un soberano prudente y pacífico, que modere y reprima su ardor, y que suavice con la justicia ese genio guerrero que llegaria á ser ferocidad. Tú solo, Numa, debes ser este príncipe: tu respeto á los dioses, y tu amor á la paz te imponen la obligacion de gobernar un pueblo que carece, mas que otro alguno, de estas virtudes.

Crees que nada debes ya á tu patria porque has peleado por ella. Pero en esto, ¿qué has hecho mas de lo que ha hecho el último de sus soldados? Demas que tu mismo conoces bien que Hersilia tuvo mas parte que la patria en tus proezas. Aun quando hubieses derramado tu sangre solo por tu pueblo, en tanto que quede en tus venas una sola gota, esa gota es suya; nunca dejamos de ser deudores de la patria; siempre tiene esta cumplido con nosotros.

Solo añadiré á lo dicho, que si el deseo de pasar una vida obscura y ociosa en mi compañía, y mi religion injustamente perseguida son la causa de tu resistencia, desde ahora renuncio á tí.

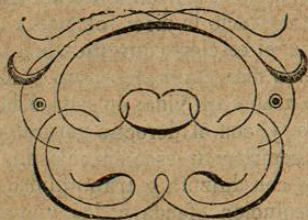
Toda mi vida lloraria el haber sido estorbo á la felicidad de dos pueblos, privándolos del mas precioso regalo de Dios, que es un buen rey: esta idea emponzoñaria todos mis dias y quizas bastaria á alterar el tierno amor que me has inspirado. Harto te he dicho, Numa, conozco mis deberes y los tuyos; si rehusas ser útil á los hombres, yo me castigaré como causa de tu error.

Estas fueron las razones de Anais: Zoroastres y Leonte se unieron con ella, y solo Camila se mantuvo de parte de Numa. Mecio y los dos romanos se arrojaron á sus piés, alegando y repitiendo todo lo que juzgaban que podria persuadir su entendimiento ó conmover su corazon sensible: todo fué en vano.

Como una peña que puesta á la orilla del mar resiste sin daño el furor de las olas, así Numa se mantiene imperturbable. Oponerle con dulzura su constante resolucion á todas las razones con que le quieren vencer, y finalmente abrazando estrechamente á Mecio le dice: ¡oh padre mio! no me hables mas, si es cierto que me amas, de un trono que temo mas que el sepulcro. En este valle quiero acabar mi vida; en esta cabaña viviré. Nací libre, y con el derecho natural y comun á todos los hombres de escojer un asilo, en que pasar la vida con dulzura y tranquilidad. No creo que mi resolucion ofenda á los inmortales; mas quando así fuese, siempre preferiria emplear lo restante de mis dias en alcanzar mi perdon, á la desgracia de ceñirme una diadema que temo y aborrezco. Juzga ahora, venerable Mecio, si tus instancias podrán rendirme; me afligen, y así te ruego que ceses en ellas. Ven á descansar en

mi cabaña, no al lado de tu rey, sino de tu amigo, y mañana volverás á decir á los romanos que si aman á Numa todavía, lo hagan ver dejándole en la pacífica obscuridad que posee.

Diciendo estas palabras, sale de la cabaña de Zoroastres; Anais le llamó pero en vano; esta fué la primera vez que Numa no respondió á su voz; los embajadores aflijidos y desconsolados le acompañaron en su nueva cabaña; Camila despues de haber defendido por mucho rato la resolución de Numa, que Anais condenaba, fué con su querido Leonte á entregarse al sueño. Zoroastres y su hija quedaron solos y pensaron en la ejecucion de un importante proyecto.



LIBRO UNDECIMO.

ARGUMENTO.

La sombra de Tacio se aparece á Numa. Fuga de Anais y su padre. Desesperacion de Numa. Obedece finalmente los decretos celestiales y se resuelve á reinar. Leonte determina buscar á su padre y hermana. Llega Numa á Roma; júbilo y alegría de su pueblo: primera accion de Numa. Va al bosque de Egeria; conversacion con esta ninfa sobre la eleccion de ministros y consejeros, la guerra, la política, el orden social, las leyes, y la religion. Gobierno de Numa.

Retirado Numa á su cabaña, procuró en vano conciliar el sueño; todo cuanto Anais le había dicho se agolpaba en su imaginacion: me ha amenazado, se decia, con abandonarme, si por ella olvido lo que debo á mi patria, y me resisto á cumplir la voluntad de los dioses. ¿Quién mas desgraciado que yo, pues al mismo tiempo salto á los inmortales y á mi Anais? Mas si admito el